

Almazán durante la guerra de la Independencia

José Luis Gómez Urdáñez¹

José María Espinosa de los Monteros²

La villa a mediados del siglo XVIII

Con sus 491 vecinos, incluidos 23 eclesiásticos y 71 viudas, además de 3 vecinos que vivían en casas de campo en los alrededores, Almazán era en 1753 –la fecha en la que se elabora el catastro de Ensenada³- una villa importante de la provincia de Soria, en un entorno bien poblado, equilibrado y muy bien comunicado por dos rutas importantes: la del Duero, desde Valladolid, por Aranda, El Burgo, Berlanga, y la del tránsito a Madrid desde Ágreda, o Soria y el valle del Ebro, desde la *burgalesa* Logroño y la *soriana* Calahorra. También estaba estratégicamente situada en la ruta de la trashumancia hacia las dehesas de Andalucía y Extremadura, donde algunos vecinos ricos llevaban sus rebaños, con sus numerosos pastores jornaleros. Almazán, que pertenecía al obispado de Sigüenza, era casi el doble que El Burgo de Osma -281 vecinos y 66 eclesiásticos y 28 frailes-, y un poco menos que Soria, que contaba con 722,5 vecinos (en los que se incluyen 63 viudas). Berlanga contaba con 349 vecinos, incluidos viudas, pobres y eclesiásticos (el catastro no da cifras sobre éstos).

Almazán era señorío de los condes de Altamira y marqueses de Almazán, cuyo titular era entonces Vicente Isabel Osorio de Moscoso, uno de los hombres más ricos de España. Aunque vivían en Madrid y apenas se dejaban ver por alguno de sus cientos de

¹ Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de La Rioja. Agradezco a José Ángel Márquez Muñoz, cronista de la villa, su ayuda en mi trabajo el archivo municipal de Almazán, que conoce y cuida con esmero.

² Ingeniero de Minas. Licenciado en Historia. Diplomado de Estudios Avanzados por la Universidad de la Rioja. Presidente del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.

³ Las respuestas generales de todos los pueblos de las provincias de Castilla están digitalizadas en el Portal de Archivos Españoles (PARES). Sobre Ensenada y el catastro, véase www.gomezurdanez.com

señoríos en toda España, los condes mandaban en el pueblo de manera rotunda, pues nombraban todos los cargos del ayuntamiento. Mantenían la distinción de estados, hidalgos y pecheros, o estado noble y estado general, y contaban siempre con “sirvientes” que, de generación en generación, les servían para lo que hiciera falta. Nombraban alcalde por el estado noble y alcalde por el estado general; seis regidores, tres por cada estado, un procurador por el estado llano y un alguacil mayor por el de hijosdalgo; además, el señor proveía 6 escribanías de número.



Inmensamente rico, Vicente Isabel Osorio de Moscoso, pintado por Goya, era muy pequeño de estatura. Dueño y señor de pueblos en toda España, Grande de España y director perpetuo del Banco de San Carlos, orden de Carlos III, poseía cientos de títulos nobiliarios, entre ellos el de marqués de Almazán. En 1808 fue el conspirador que repartió dinero en el motín de Aranjuez, luego tuvo alguna vacilación afrancesada y durante la guerra, fue dirigente de la Junta Suprema.

Junto a este dominio político absoluto, los marqueses detentaban el económico: percibían una amplia variedad de derechos señoriales: las “alcabalas de vecinos, ferias y mercados”, cuyo arrendamiento produce anualmente 11.060 reales; la “alcabala de carneros, vacas, sebo, lana y corambre de la carnicería”, 1.140 reales anuales; el derecho de “los géneros que se consumen en la tienda de abacería”, 1.224 reales anuales; “el que

llaman de ollas y Talavera y paga el gremio de los alfareros”, 225 reales al año; y así una larga serie que incluye la “alcabala de terrazgos” que cobra por la compra venta de casas e imposiciones de censos” (460 reales), el consumo de vino en las dos tabernas de la villa (2.440 reales), el de “azumbres” –seguramente, de vino al por mayor- (615 reales), el de pesos y medidas y portazgo (760 reales), “el que llaman de asadura y paso de merinas” (3.610 reales), el de la pesca en el Duero (840 reales), el de penas de cámara (sin utilidad), el de la escribanía del ayuntamiento (1.300), y además varios derechos reales, que ascienden a 22.919 reales. La presión fiscal del señorío era de las mayores de España.

Pero además, la villa tenía otros señores: los eclesiásticos. Eran 23 los que servían en las 10 parroquias y vivían de los diezmos y primicias que entregaban los vecinos. El estado eclesiástico de Almazán, dependiente del obispado de Sigüenza, había ido suscribiendo en los últimos siglos numerosos convenios para repartir diezmos y primicias entre los que se ocupaban del cuidado espiritual, que era la justificación de que todos los vecinos entregaran anualmente cereales, corderos, pollos, lechoncillos y lana, una parte pequeña como primicia y el 10% del total como diezmo. De ese “pan de Dios”, la primicia iba a parar a los diez “beneficiados curados” de Almazán, a la parroquial de Tejerizas y al cabildo de la catedral de Sigüenza; el diezmo se entregaba al obispado de Sigüenza, al conde de Altamira, a las 10 iglesias parroquiales de esta villa, a la fábrica de la catedral de Sigüenza, a la cátedra de gramática que hay en Almazán, etc. Había incluso algún vecino noble que percibía parte del diezmo. El reparto era siempre complicado, por lo que los clérigos siempre estaban a la greña.

Además, estaba el clero regular. En Almazán había convento de San Francisco -30 frailes-, otro de la Merced calzada -18 frailes- y otro de Santa Clara, con 16 monjas, 2 novicias y padre vicario. Había un priorato de Nuestra Señora de Duero, de los premostratenses, con solo el prior, y una encomienda de San Juan de Arce, cuyo comendador era vecino de Morón de la Frontera. Tienen rentas, tierras, emplean jornaleros y reciben donativos, pero las diferencias entre ellos son enormes, pues los hay hijos de familias ricas y pobres, fámulos.

La mayoría de los vecinos trabajaban para pagar derechos y sobrevivir. Por eso, cuando llegaba una crisis y los precios del trigo subían, como en 1803-1805, las

consecuencias eran catastróficas. Así lo reflejan los libros parroquiales. Mueren niños, muchos niños. Y nacen menos, pues con hambre no se acuerdan bodas. Mientras, la estructura sigue igual: impuestos, renta de la tierra, diezmos y primicias, gastos. Cuando los vecinos van a moler a alguno de los molinos, vuelven a pagar. Un molino es de un vecino rico de Alcalá de Henares, otro de uno de Soria, otro es de las monjas de Santa Clara. En la carnicería, taberna, abacería, vuelven a pagar: una parte al arrendador del ayuntamiento, otra al señor de la villa. También, obviamente, en el horno, donde compran el pan.

Pero los de Almazán no son solo campesinos. Hay hasta 5 tahonas para “moler el baño con que se fabrica la vajilla que se hace en el pueblo” y muchos obradores y hornos de alfareros, que tienen su oficio en la misma casa. Nada menos que 19 maestros alfareros, 24 oficiales y 20 aprendices componen el gremio de alfareros, el más numeroso de la villa. Es muy interesante esta proliferación de olleros y alfareros, que exige arrieros que lleven el producto a los pueblos cercanos y una alta especialización.

En la segunda mitad del siglo la villa creció, aumentó el caserío, lo que se notaba ya en los buenos tiempos de Fernando VI, cuando se hizo el catastro, pues había hasta 7 canteros y albañiles, un escultor, 4 carpinteros. Había también varios talleres de blanquear cera, una tejera, tejedores de paños, tenería para los cueros, nevera para “cerrar nieve”, un vidriero, en fin, todo aquello que permitía complementar la renta agraria y conseguir que la villa tuviera de todo, incluso pescado fresco, pues había “2 pescadores de barco y 3 mangueros”. Como la cabaña de animales de tiro es grande, hay cinco maestros albéitares y herradores, con un oficial y un aprendiz. Es mucho para 500 vecinos; la explicación es que Almazán aprovecha su situación estratégica y la pluriactividad de sus vecinos: por eso, es una villa muy transitada y bastante rica. Sólo se declararon 23 pobres de solemnidad.

La cabaña ganadera es, en parte, la explicación de esta halagüeña situación. Del estado eclesiástico son: 2 mulas, 11 rocines, 5 reses vacunas, 3 pollinos, 30 cerdos, 569 carneros, 220 ovejas, 176 corderos, 46 cabras, 13 machos de cabrío, 15 cabritos. De los vecinos: 19 mulas de trato, 65 mulas de labor, 159 rocines y yeguas domadas y cerriles, 360 reses vacunas de labor y sin domar, 191 pollinos, 422 cerdos, 1.869 carneros, 2.980 ovejas, 1.581 corderos, 1.286 cabras, 563 machos de cabrío, 429 cabrito, todo churro.

Pero además, “fuera del término de esta villa, el ganado fino extremeño, lanar y de otras especies” se compone de: 19.000 ovejas, 1.892 carneros, 33.702 corderos, 176 machos de cabrío, 774 cabras, 222 cabritos, 46 reses vacunas domadas, 54 yeguas y rocines domados y cerriles, 4 mulas domadas y 70 pollinos grandes y pequeños. Hay varios grandes rebaños de hidalgos, uno de Lumbreras, otro de una rica familia del pueblo –los Martínez de Azagra-, de comunidades religiosas; también pequeños hatos de vecinos que, juntándose entre varios, hacen un rebaño viable para ir a los “Extremos”. Los que redactan las respuestas generales del Catastro dan también las dehesas donde pastan en Andalucía y Extremadura.

La villa tiene médico, maestro –pronto maestra de niñas-, boticario, cirujano sangrador, muchos sastres y muchos zapateros, etc. Está bien servida. Para remedio de pobres, transeúntes y enfermos de la villa hay dos hospitales, uno de San Lázaro, con escasas rentas, sin camas, solo un albergue de pobres, y otro, el de Nuestra Señora de Guadalupe, para curar enfermos de la villa, que tiene bastantes rentas y que desempeñará un papel importante alojando soldados enfermos durante la guerra.

Vísperas de la guerra y la revolución

A la altura de 1807, nadie en Europa parecía poder torcer los designios de Napoleón, amigo del rey de España, de su hijo el futuro Fernando VII y del generalísimo Godoy. Los tristes personajes de la corte de Carlos IV solicitaban la alta protección del emperador mientras crecía su desprestigio, que aún se agravó tras los escandalosos sucesos de El Escorial. La conspiración descubierta por el propio Carlos IV al visitar a su hijo, el 29 de octubre, terminó en proceso, sentencias ridículas y publicación de testimonios vergonzosos, lo que contribuyó a que se conociera más la vileza del hijo, la debilidad del padre, pero también, ahora a las claras, el papel de intrigante de Godoy contra Fernando⁴.

El emperador recibía con repugnancia cartas del padre y el hijo con similares expresiones de servilismo, mientras en el pueblo aumentaba el odio al *gabacho*, pues no

⁴ Una visión novedosa y al fin superadora del tópico del valido lujurioso y la reina puta, LA PARRA, E., *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, 2002. EGIDO LÓPEZ, T., *Carlos IV*, Madrid, 2002.

habían cesado las prédicas de curas y el rencor en el bajo pueblo contra la Francia regicida y anticlerical desde la guerra contra la Convención, que ahora cada vez más hacía notar su poder en España⁵. La primera muestra de subordinación de España al amo de Europa había sido el envío de tropas españolas a Dinamarca, unos 15.000 soldados bajo el mando del marqués de la Romana, en mayo de 1807; la siguiente, la entrada de las tropas francesas.

Sin embargo, entre enero y marzo de 1808, fue creciendo también el temor a las actitudes populares violentas –agudizadas por la pobreza y la crítica fácil al choricero de los *ajipedobes*- y muchos pensaron que la “revolución española” sólo podía evitarla Napoleón, como había hecho en Francia, de forma que se inclinaron a cualquier solución que viniera avalada por el Emperador siguiendo las directrices del gobierno. El problema es que trascendió la lucha de facciones cortesana y la influencia creciente del partido de Fernando, que prometía -una vez más- la solución tantas veces soñada en el siglo: quitar al padre para poner al hijo. En marzo, Godoy intuyó que Napoleón podía ejercer de árbitro en esas circunstancias presentándose en persona en Madrid para imponer al rey títere, Fernando, por lo que pensó en trasladar a los reyes padres al sur. Precisamente, éste fue el desencadenante que utilizaron los fernandinos para lanzarse abiertamente al motín popular, o mejor, al golpe de estado, que es lo que tuvo lugar en Aranjuez el 19 de marzo, cuando la *camarilla*, con apoyo militar, forzó a Carlos IV a ceder la corona a su hijo Fernando⁶.

Desde entonces hasta el nombramiento del rey José I –la verdadera *solución Napoleón*- pasó demasiado tiempo, lo suficiente para que se produjeran cambios revolucionarios en el comportamiento del pueblo español. La sensación de “nación abandonada”, como dijo M. Artola, obligó a tomar decisiones, que finalmente conducirán a la división de los españoles en las opciones que ya se podían intuir de tiempo atrás⁷. La euforia del triunfo contra el *tirano* y la llegada del *mesías* se fue enfriando: las tropas francesas no habían vitoreado a Fernando en su entrada triunfal en Madrid, una señal de que el nuevo rey contaba menos que el rey padre en los planes de

⁵ AYMES, J.R., *La Guerra de la Independencia en España (1808- 1814)*, Siglo XXI, Madrid, 1990; del mismo, *La guerra de España contra la Revolución francesa (1793-1795)*, Alicante, 1991.

⁶ ORTIZ CÓRDOBA, A., *Amados vasallos míos. Los hombres del motín*, Madrid, 2008.

⁷ ARTOLA, M., *La guerra de la Independencia*, Madrid, 2007.

Napoleón (en realidad, ninguno contaba nada, pues el Emperador había decidido ya instaurar una nueva monarquía en España). Mientras, el pueblo era sometido a una presión irresistible al tener que pagar los víveres de los soldados y cederles alojamientos. En todas las ciudades y pueblos de Castilla por donde pasaron o se acuartelaron guarniciones las peticiones de suministros y alojamientos a corregidores y alcaldes no cesaron desde febrero a mayo, lo que provocó más reticencias contra los franceses “amigos”⁸.

La inquietud aumentó cuando se supo que el rey padre se arrepentía de su abdicación y más aún cuando se conoció que Fernando, buscando el apoyo del emperador, que anunciaba venir a España, se apresuró a salir de Madrid hacia Burgos para abrazar a su protector. Algunos sospechaban ya las verdaderas intenciones de Napoleón, incluso hubo conatos de rebeldía entre los madrileños al ver partir al rey y en algunas ciudades y pueblos de la ruta, como Burgos o Vitoria; pero, los consejeros de Fernando estaban cegados por el triunfo final cercano, especialmente el preceptor Escoiquiz que, en uno de sus muchos desatinos, había llegado a ofrecerse a Napoleón como el Godoy de Fernando VII. “Me ofreció por su cuenta –dice Napoleón- gobernar, según dijo, de acuerdo por completo conmigo, de la misma forma que lo pudo hacer el Príncipe de la Paz en nombre de Carlos IV”.

La corte de Fernando salió el 10 de abril, pero su viaje no terminó en Burgos, ni en Vitoria, sino en Bayona, adonde llegó el día 21. Tras Fernando, a los pocos días llegaba Godoy y después los reyes, el día 30, también Pepita Tudó y su familia. En España quedó una junta presidida por el infante don Antonio, hermano de Carlos IV. Todos los días llegaba a Madrid un parte con noticias sobre la salud de la familia real, que inquietaba más que tranquilizaba, pues la “prisión” de Bayona empezaba a ser muy sospechosa. Desde la salida del rey hasta fines de abril, no menos de 50 soldados franceses ingresaron en el Hospital General; también había numerosas víctimas españolas.

Cada vez aumentaban más los rumores sobre amenazas de Murat contra los madrileños, que se hicieron explícitas al serle negada por la Junta la petición –en

⁸ GÓMEZ URDÁÑEZ, “El Burgo de Osma durante la guerra de la Independencia”, *Cuadernos del Bicentenario*, 4, (2008), pp. 75-122.

nombre de Carlos IV- de que salieran sus hijos, Luisa, reina de Etruria, y Francisco de Paula, para reunirse en Bayona con sus padres. Tras muchos forcejeos, la junta autorizó el 30 de mayo la salida de Luisa, mayor de edad, pero no la del infante. Murat anunció que tomaría medidas drásticas, como alejar a los guardias de corps de la capital y prohibir papeles y canciones “perjudiciales para el nuevo orden que se quiere introducir”. Por la noche, hubo ya grupos en la puerta del Sol, mientras se formaban los primeros tribunales militares para juzgar los constantes altercados. Al día siguiente, 1 de mayo, domingo, Murat, el duque de Berg al que llamaban “el troncho de berzas”, fue insultado a su paso por la puerta del Sol, cuando se dirigía a misa. Por la tarde, el infante don Antonio fue vitoreado. Todo el mundo en Madrid esperaba grandes acontecimientos al día siguiente⁹.

En efecto, a las 9 de la mañana, salía un coche de palacio con Luisa y se preparaba otro para el infante. A los gritos de “traición”, “que se llevan a los infantes”, etc. se concentraron unos centenares de personas dispuestas a impedir la salida. A las 10, sonaron las primeras descargas de artillería, que dejaron en la calle varios heridos. Inmediatamente, la multitud se dispersó en grupos, corriendo hacia calles y plazas de Madrid, donde se les unía más gente. Los soldados franceses que encontraban eran agredidos con palos, o navajas; no hubo casi armas de fuego, sólo las de los militares.

Desde lo alto de la cuesta de San Vicente, Murat dio entonces orden de actuar a la caballería, que cargó con saña en la puerta del Sol, pero también en otras calles y plazas. Luego, el lugarteniente escribiría al Emperador: “Señor: ha habido mucho muerto”. Hacia las dos, terminaron las algaradas. La ciudad estaba tomada por más de 25.000 soldados franceses, además los miembros de la Junta y de los Consejos difundieron durante toda la tarde que habría perdón si los madrileños se retiraban¹⁰.

Al día siguiente, el despliegue militar dejó las calles desiertas, pero pronto se empezó a saber que los fusilamientos habían empezado ya por la tarde y la noche del día 2 en varios lugares, la Montaña del Príncipe Pío –los inmortalizados por Goya-, El Prado, la puerta del Sol, el portillo de Recoletos, etc. Sobre las bajas se ha exagerado mucho, pero es posible que, en el lado español, no pasaran de 420 muertos y algunos

⁹ ALÍA PLANA, J., J., *Dos días de mayo de 1808 en Madrid, pintados por Goya*, Madrid, 2004.

¹⁰ GARCÍA FUENTES, A., *Dos de mayo de 1808: el grito de una Nación*, Madrid, 2007.

miles de heridos. Los fusilados fueron poco más de 100. Entre los franceses, se ha mantenido también una cifra exagerada, en torno a los 1.600 muertos. Desde luego, serían bastantes menos, pero no los 31 que declaró Murat.

Restablecida la calma, el día 3, salía el infante Francisco de Paula hacia Bayona y, a la mañana siguiente, le seguía don Antonio. Ese mismo día, Murat se hacía cargo de la presidencia de la Junta y cuatro días después, recibía una carta del Capitán General de Castilla la Nueva, Negrete, con felicitaciones por su comportamiento el día 2 de mayo. Empezaba la colaboración de muchas autoridades de las provincias, mientras otras, como el célebre alcalde de Móstoles, llamaban a la movilización. Para entonces, en Bayona, Fernando ya había devuelto la corona a su padre, que se la entregó acto seguido a Napoleón y éste a su hermano José I, rey de España.

La tierra de Soria en vísperas de la guerra

No se han conservado las actas municipales del ayuntamiento de Almazán del año 1808, así que no podemos reconstruir los hechos con el detalle que permiten las actas de Soria, El Burgo de Osma, o Calahorra (entonces Soria), por ejemplo. Quedan en el archivo sólo algunos documentos sueltos, uno de ellos, una lista de vecinos componiendo turnos para formar guardias nocturnas, que es una de las medidas que tomaron las juntas locales una vez sublevadas las principales poblaciones sorianas el 3 y 4 de junio de 1808.

Seguramente, las autoridades de Almazán, nombradas a principio de 1808 según la tradición, a propuesta del conde de Altamira –que fue uno de los principales conspiradores a favor de Fernando en el motín de Aranjuez-, se mantuvieron expectantes hasta el estallido de la “revolución popular”, que encabezarían luego –con otros notables del pueblo- para evitar riesgos, como ocurrió en Soria, o en El Burgo. Es lo que hizo incluso el capitán general de Castilla, el viejo general Cuesta, en Valladolid, renuente a sublevarse y amenazado por la multitud; o el obispo de El Burgo de Osma, monseñor Garnica, que aceptó la presidencia de la Junta patriótica de El Burgo, a sabiendas de que muchos canónigos y buena parte de la población eran afrancesados.

Como en todos los sitios donde la represión de los franceses no fue suficiente para mantener el control, las autoridades locales y los grandes personajes, ricos o con prestigio, se pusieron al frente de un pueblo sublevado que al fin y al cabo se había levantado bajo la enseña de la Patria, el Rey y la Religión. Así, desde la cabeza se le podría seguir gobernando. Luego, ya se vería. En Soria, los ardores patrióticos del 3 de junio parece que más que forzar una junta *revolucionaria* lograron lo contrario: que la junta sofocase la sublevación. El pueblo soriano se concentró en la plaza Mayor y calles cercanas, según las autoridades municipales, pidiendo una “Junta Suprema Gubernativa y Militar que tomase las medidas más eficaces para mantener el orden, tranquilidad pública y la seguridad individual contra cualquier violencia”. Es raro que un pueblo sublevado invoque el orden, la tranquilidad y la seguridad como aspiraciones “revolucionarias”, pero así es como interpretó la Junta las demandas populares¹¹ y como lo transmitió a los pueblos de su tierra donde también iban a triunfar las juntas, como por ejemplo El Burgo, Calahorra o Almazán¹². Sin embargo, en algunas ciudades cercanas, la sublevación fue sangrienta, como en Logroño, donde unos días antes que en de Soria (el 30 de mayo), el pueblo se enfrentó a las autoridades pidiendo “guerra, guerra”, insultó al corregidor y se hizo dueño del ayuntamiento, mientras ponía en fuga a la guarnición francesa, que causó al menos 11 muertos entre los patriotas. Logroño fue bombardeada días después, el 8 de junio, con lo que terminó su resistencia; en adelante, será una ciudad controlada directamente y a las órdenes del corregidor afrancesado Ruiz de Pazuengos.

La ciudad riojana era de gran importancia estratégica para los franceses, como la soriana Calahorra o la navarra Lodosa, pues tienen puente sobre el Ebro, vital para las operaciones del ejército francés, como se verá a lo largo de la guerra. Calahorra también se sublevó, un día después que Soria, pero las autoridades controlaron la situación y no hubo violencias; el obispo de Calahorra, monseñor Aguiriano, que había recibido en

¹¹ El levantamiento de Soria y de El Burgo ha sido estudiado por M.C. GARCÍA SEGURA en su tesis doctoral de 1987. MOLINER PRADA está de acuerdo con la citada autora en el carácter poco “ideológico” del levantamiento. “La Iglesia no jugó un papel principal en los primeros momentos, más adelante sí que lo hizo... Las otras clases dirigentes, como la nobleza soriana, si al principio estaban desconcertadas, muy pronto se subieron al movimiento para canalizarlo, evitando con ello el desbordamiento revolucionario”. MOLINER PRADA, Antonio, “La España de finales del siglo XVIII y la crisis de 1808”, en MOLINER, A. (coord.), *La guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, 2007, pp. 58 y ss. Sobre la división del cabildo de Osma, DE FRÍAS, J. V., “Afrancesados y patriotas...”

¹² A(rchivo) M(unicipal de)A(lmazán), C 34-5 “Gente destinada a la ronda de día”, sin fecha, ni firma.

Logroño meses atrás al general francés con todos los honores, no aceptó presidir la junta calagurritana, quizás por los insultos que recibió Su Ilustrísima de los logroñeses, días antes, cuando fue obligado a presidir la Junta de Logroño (que solo aceptó por la fuerza). El 23 de junio, las autoridades calagurritanas acogieron “cortésmente” al general Verdier que, al frente de sus tropas, se dirigía a Zaragoza (sitiada desde el día 15), y el 31 de agosto, tuvieron el honor de recibir al mismísimo José I, al que dieron un solemne besamanos los canónigos de la catedral, entre ellos el afrancesado Vizmanos, amigo del *consejero* Llorete, y alojaron en el palacio del afrancesado Miguel Raón.¹³

Según la Junta *revolucionaria* de Soria, el objetivo era “dar en las actuales circunstancias las pruebas más sinceras de lealtad a la Nación y de acreditar con entusiasmo su amor a la Santa Religión y a la observancia de sus leyes y costumbres”. Por eso, cuando el tumulto popular cesó, la Junta se mantuvo expectante hasta que llegó la proclama de la máxima autoridad en esos momentos, la capitanía general de Castilla la Vieja, con el general Gregorio García de la Cuesta al frente, que ya se había sublevado y conminaba al alistamiento inmediato. Sólo así la Junta pasó a dirigir la movilización militar, igual que hacían los principales pueblos de la provincia, entre ellos Almazán.¹⁴ Debían alistarse “todas las personas que puedan tomar las armas desde la edad de diez y seis a cuarenta años, sin distinción de clases y estados, ya sean solteros, viudos, casados sin hijos o con ellos”.

Sin embargo, el ardor guerrero de los sorianos sirvió de poco, pues el 12 de junio, el Ejército de Castilla, mandado por el anciano general García de la Cuesta –tenía 67 años-, era derrotado en Cabezón del Pisuerga. Impulsado por el entusiasmo –y por las autoridades políticas, con las que no se llevó muy bien¹⁵-, Cuesta no había podido reunir las fuerzas suficientes y su avance hacia el Este, desde Valladolid, para cortar la línea

¹³ CAÑAS, S., *La guerra de la Independencia en Calahorra*, tesis de licenciatura inédita, Universidad de La Rioja, 2009.

¹⁴ PÉREZ RIOJA, José Antonio, “Soria en la guerra de la Independencia”, *Celtiberia*, 17 (1959), pp. 37-66. También GARCÍA SEGURA, María Concepción, “La villa de El Burgo de Osma en la Guerra de la Independencia (junio a noviembre de 1808)”, *Celtiberia*, 85 (1993), pp. 335-348. Hay varias contribuciones sobre la primera fase de la guerra en Soria; sin duda, la mejor es la del general Argimiro CALAMA, *La guerra de la Independencia en Soria, Navarra y La Rioja, la batalla de Tudela (23-XI-1808)*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.

¹⁵ SÁNCHEZ MARTÍNEZ, J., *Valladolid durante la guerra de la Independencia*, Valladolid, 2002. GARCÍA FUERTES, Arsenio “La División Leonesa del Ejército de Castilla. Actuaciones políticas y militares de la Junta Suprema del Reino de León en los comienzos de la Guerra de la Independencia”, comunicación amablemente cedida por el autor.

vital Burgos-Madrid, fue frenado en el puente de Cabezón, donde la carretera Burgos-Valladolid cruza el Pisuerga. Los 5.000 jóvenes reclutas que engrosaban su ejército, sin instrucción y mal armados, “que acaban de abandonar el arado”, chocaron con los experimentados ejércitos mandados por el general Lasalle.

Las malas noticias llegaron a Soria a la vez que el decreto imperial que otorgaba los derechos sobre la Corona a Napoleón, inserto en una orden de 31 de mayo. La información tardaba en llegar a una Soria rebelde, que recibía así dos mazazos: la derrota militar de Castilla y la caída de los Borbones. A la altura del 14 de junio, cuando el corregidor leyó la orden anterior, Napoleón ya había firmado el decreto de 4 de junio por el que José I era titulado rey de España y de las Indias¹⁶. Era la víspera de la apertura de las cortes de Bayona y el ejército de Castilla, el corazón de la monarquía, ya había sido aniquilado.

La derrota de Cabezón, tras la que Cuesta se retiró a tierras leonesas, aseguró para los franceses la carretera Burgos-Aranda-Madrid, que vino a convertirse en una frontera en el interior de Castilla, dejando aisladas las tierras sorianas. La comunicación con Cuesta iba a ser difícil, tanto como enviarle el batallón de Voluntarios Numantinos que la Junta Soriana había logrado formar, al que se incorporaban también patriotas venidos de La Rioja ocupada. Así, el territorio soriano, por las montuosidades del norte o por los áridos parajes cercanos a la frontera aragonesa, se convirtió en lugar apropiado para las correrías de la guerrilla, mientras la junta iba de un lugar a otro, desde Deza a Vinuesa, pasando por San Pedro Manrique, manteniendo el espíritu patriótico a favor del Deseado (no sabían, claro está, que Fernando VII celebraba las victorias del Emperador sobre los españoles).

El 14 de julio se produjo la desastrosa derrota de Cuesta y Blake en Medina de Rioseco, frente al general Bessieres¹⁷, lo que significaba el fin de toda resistencia en Castilla y León. El propio Napoleón pensó que la batalla de Medina de Rioseco aseguraba el trono de su hermano José. Sin embargo, cinco días después (el 19 de julio)

¹⁶ Hay mucha bibliografía sobre José I, pero para conocer al personaje y librarlo de tópicos y clichés, conviene leer: DUFOUR, G., “Le roi philosophe”, *Melanges de la Casa de Velázquez*, tome 38-1 (2008), pp. 53-70.

¹⁷ GARCÍA FUERTES, A., “El Viento de la Libertad. La Junta Local de Astorga y la Batalla de Medina de Rioseco”, *Researching & Dragona*, nº 11, (2.000) y nº 15 (2.001).

se produjo la batalla de Bailén y José I y el gobierno salían precipitadamente de Madrid y se dirigían a Vitoria (una decisión que molestó enormemente a Napoleón). Cuesta volvía a reclutar hombres en los pueblos, ahora dirigiendo personalmente las operaciones en tierras sorianas durante algunos periodos. Durante el mes de septiembre, Almazán contribuyó a la preparación de la gran ofensiva con hombres y caballerías, alojando en alguna ocasión partidas en tránsito y lo más importante: prestando su hospital de Nuestra Señora de Guadalupe para los soldados heridos o enfermos a partir del 9 de septiembre de 1808. Ese día y los siguientes eran acogidos decenas de soldados enfermos de la “División del señor Villaba”; luego a partir del 11, 12, 14, entraron soldados de toda clase de cuerpos militares, guardias españolas, voluntarios de León, walones, de Irlanda, y de todas las procedencias, desde gaditanos a gallegos. A juzgar por el completo documento con las entradas y salidas de los soldados que se conserva en el archivo municipal, el hospital llegó a albergar cientos de soldados entre el 9 de septiembre y los días posteriores a la batalla de Tudela (23 de noviembre). El escribano del ayuntamiento que anotó entradas y salidas, hizo el cómputo de estancias diarias entre 1808 y 1814, que es el que sigue:

Estancias de soldados en el Hospital de N^{ra}. S^{ra}. De Guadalupe

1808.....	3.962
1809.....	1.326
1810.....	281
1812.....	113
1813.....	213
1814.....	312

A esas alturas, la situación de la villa, transitada constantemente por soldados españoles, era muy alarmante: faltaba pan y carne, muchos mozos habían huido, otros se enrolaron en las guerrillas de algunos paisanos ya famosos como El Empecinado o el cura Merino; la villa había perdido mucha población, por lo que no podía cumplir con las órdenes de alistamiento general enviadas por Cuesta. El 23 de agosto recibió una orden desde Soria, firmada por Francisco González Castejón, en la que se le conminaba

a enviar los soldados comprometidos en los próximos cuatro días. La carta es de 23 de agosto, pero la que envió el intendente pidiendo el alistamiento era –recuerda- del día 10 de julio y en ella se insertaba la proclama del capitán general de Castilla, es decir, era de antes de la batalla de Riosseco¹⁸. El grueso de tropas sorianas que se iban a enfrentar a las *águilas del Imperio* se reunió en El Burgo y en Soria. Dos grandes contingentes españoles fueron acogidos en la villa catedralicia: el batallón de Numantinos, mandado por el coronel Isidoro Cereceda, compuesto por setecientos hombres, que permaneció en El Burgo del 13 al 22 de septiembre, y las tropas del mismísimo general Cuesta, que puso su cuartel general en la villa durante catorce días, a partir del 28 de septiembre¹⁹.

Los preparativos de la gran ofensiva continuaban también en la capital soriana, pues se había convertido en pieza fundamental de la retaguardia del general Castaños que había puesto su cuartel en la comarca de Calahorra-Alfaro (La Rioja), siguiendo el plan de aislar a José I en Vitoria rompiendo la línea del Ebro, en conjunción con Palafox. A Soria llegaban continuamente generales y mandos militares que iban a unirse al Ejército del Centro, procedentes del sur. Uno de ellos, Manuel de la Peña, exhortó al ayuntamiento soriano a proclamar a Fernando VII, lo que se hizo solemnemente el 8 de octubre en la colegiata de San Pedro²⁰. La Nación en armas tenía ya una proclama: “Por Fernando VII y por verse libre de franceses”. Ya sólo faltaba desarrollar la estrategia militar y contener la temida invasión del ejército francés que Napoleón preparaba al otro lado de la frontera con sus mejores tropas y los generales más curtidos de Europa.

La importancia estratégica de Soria no sólo fue intuita por el general Castaños. Las tierras sorianas debían proteger su retaguardia, por si se diera el caso de tener que replegarse hacia la meseta desde el Ebro, donde había establecido su cuartel general. Pero es lo que pensó también Napoleón. Inicialmente, los planes imperiales consistían en llegar a Madrid con toda celeridad, una vez tomado Burgos, mientras Lannes y Moncey se desplegaban por el Ebro, dominaban Logroño y avanzaban hasta Tudela.

¹⁸ AMA, Caja 34-6.

¹⁹ GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., “El Burgo...”

²⁰ Ese día, el general Lapeña hacía su entrada triunfal en Calahorra. Iba con el coronel británico Wingham. Como en Soria, proclamaron a Fernando VII. Unos días después, el 22 de octubre, era el general Castaños el que entraba en la ciudad catedralicia y afrancesada. CAÑAS, S., *La guerra de la Independencia en Calahorra*, tesis de licenciatura inédita, Universidad de La Rioja, 2009.

Allí los franceses debían derrotar a Castaños y Palafox. “Sería imposible tomar Zaragoza sin estar posesionados de Tudela”, le había dicho Napoleón a José I.

El emperador había pasado la frontera el 8 de noviembre y, tras la batalla de Gamonal, tomó inmediatamente Burgos, donde fue agasajado incluso por el arzobispo (que también había “coronado” a José I cuando pasó hacia Madrid).²¹ Desde Burgos, desplegó su plan inicial que era tomar Madrid inmediatamente, para lo que envió a su vanguardia, mandada por el mariscal Ney, con intención de coronar Somosierra y esperar allí la reunión del gran ejército que haría la entrada triunfal en la capital. Pero cuando Ney llegó a Aranda, el 18 de noviembre, con sus 20.000 hombres, Napoleón cambió los planes y ordenó al mariscal tomar Soria y Almazán con el fin de impedir que Castaños y Palafox salieran del Ebro, tanto si rehuían el combate, como si tras la batalla –que efectivamente, se iba a producir en Tudela, el día 29-, pretendían reagrupar sus tropas retirándose hacia el centro por Agreda y Almazán. Napoleón se quejaría luego del comportamiento de Ney, precisamente por no haber cumplido su orden de estar en Ágreda el día de la batalla. “Ney debiera haber llegado el día 23, según mi orden, a Ágreda, y ni siquiera un hombre hubiera escapado”, dijo Napoleón, lamentando que tras la victoria francesa en Tudela los ejércitos de Castaños y Palafox no hubieran sido aniquilados.²²

Pero Ney ni se enteró de la batalla, pues se había dedicado a ...otras actividades, entre ellas, la del saqueo de El Burgo de Osma. El propio Napoleón, que le destituyó, decía de Ney y de otros generales que eran “gentes que arruinarán al país que debían administrar”.²³ Y en efecto, las tropas de Ney se fueron entreteniendo en estos menesteres, empezando por El Burgo y su catedral, que como temían los burgenses, ofrecía un gran atractivo al “furor e inhumanidad del enemigo”²⁴ y terminando por

²¹ BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, *Burgos en la guerra de la Independencia: Enclave estratégico y ciudad expoliada*. Burgos, 2007.

²² GARCÍA FUERTES, Arsenio, “La División Leonesa del Ejército de Castilla”, separata cedida por el autor, a quien agradezco sus indicaciones.

²³ PÉREZ RIOJA, J. A., op. cit.

²⁴ Conocemos los pormenores del saqueo por dos documentos, uno del arcipreste de la catedral, Joaquín Mínguez Álvarez, que se quedó en El Burgo –“me quedé solo por mi edad- y cuya casa también fue saqueada” –incluso le robaron un anillo-, y otro, del general D’Oulleberg, que describió la situación que encontró en la villa el día 23 en carta al mariscal Bessieres: la villa “casi desierta, la mayor parte de las casas hundidas o saqueadas, las calles llenas de baúles y de utensilios caseros, animales muertos...” El ensañamiento debió ser de tal envergadura que el suboficial del puesto de correspondencia de húsares le

Soria. Los 20.000 hombres de Ney entraron en El Burgo el día 20 de noviembre, a las 8,30 de la mañana, procedentes de San Esteban de Gormaz, donde habían hecho etapa el día anterior. Casi todos los burgenses habían huido a los pequeños pueblos de alrededor; también el obispo y parte del cabildo. Entre los que se quedaron destaca el que luego será el más afrancesado de El Burgo, Andrés Muriel, catedrático y magistral de la catedral, que vivió el saqueo y fue ultrajado, “atado por el cuello”, tras lo que huyó del pueblo. “Yo estuve a punto de ser víctima de su codicia y rapacidad”, dijo luego, pero fue uno de los eclesiásticos de El Burgo a los que “tocó” ir a Madrid a jurar a José I²⁵.

Almazán fue la siguiente etapa del viaje, pero los franceses pasaron de largo, no sin notar que la villa había sido abandonada por la mayoría de la población, según dice el propio Ney. En el mismo día, llegaron frente a Soria, cumpliendo las órdenes del Emperador, que eran muy precisas: el 21, en Almazán; el 22, en Soria y el 23, en Ágreda (adonde ya sabemos que no llegó). Tras el saqueo de El Burgo de Osma llegó el de Soria, en el que las tropas de Ney se entretuvieron tres días, según se recoge en las actas capitulares.²⁶ Soria también había sido abandonada por sus autoridades y por la mayoría de los vecinos ricos, pero antes el pueblo había intentado formar una junta para resistir, sobre todo al saber que iban a entrar en la ciudad los regimientos de milicias de Logroño y Trujillo, unos mil hombres. Pero Ney estaba ya a las puertas de la ciudad y enviaba un emisario con el ofrecimiento de ocuparla respetando vidas y haciendas (lo que no cumplió). El 22 por la mañana entraban las tropas francesas y empezaba el saqueo, además de un incendio que se propagó por los alrededores de la plazuela de Herradores. Ney, que había ignorado su misión y nada sabía de la batalla de Tudela,

dijo al general que “una parte de estos atropellos habían sido cometidos por numerosos rezagados del sexto cuerpo de ejército y que él mismo corrió riesgo con sus cuatro húsares por tratar de impedirlo”.

La síntesis de ambos documentos, en *Historia de El Burgo...*, pp. 171-172.

²⁵ Natural de Abejar, conocido por su *historia de Carlos IV* y por la traducción de la obra de W. Coxe sobre los Borbones, Andrés Muriel (1776-1845) fue el afrancesado por excelencia. Su obra “Examen de los delitos de infidelidad...” fue, junto con las de su amigo Juan Antonio Llorente, la mejor justificación de los que abrazaron el partido de José I. Muriel fue “vigilante primero” de la logia madrileña de la Beneficencia Josefina y recibió la Orden Real de España –la famosa Berenjena de José I-; se exilió a Francia con el rey. Vivió primero en Pau y luego en París. Murió en La Gallega en 1845. De Frías, J. V. “Afrancesados y patriotas...” Al ayuntamiento de El Burgo llegó solicitud de información para su “purificación” el 22 de septiembre de 1813, como antes había llegado la de otros sospechosos como la del también catedrático Pedro de Castro; como en todos los casos, los ediles fueron prudentes y consignaron lo que era obvio: Muriel había jurado a José I y había aceptado de él diversos cargos. Para esas fechas, Muriel ya estaba en Francia.

²⁶ Una síntesis, en PÉREZ RIOJA, J.A., op.cit.

salía de Soria el día 25, aunque las tropas que dejó todavía continuaron saqueando la ciudad.

Tras las derrotas de Tudela y Somosierra (23 y 30 de noviembre), el victorioso Napoleón pudo disponer definitivamente en Madrid el nuevo orden de la monarquía española. La consecuencia inmediata en las provincias fue el despliegue de gobernadores militares con instrucciones para imponer el nuevo orden. A Soria llegó el general Brown, que inmediatamente nombró el nuevo ayuntamiento de la capital, presidido por el afrancesado José María Cejudo –que había estado a punto de ser linchado por los patriotas antes de la entrada de Ney-, y también el de El Burgo, presidido por otro colaborador, don Juan de la Torre. No sabemos qué ocurrió en Almazán, salvo que había sido abandonado por más de la mitad de la población.

Dueños ya del territorio y desplegadas las nuevas autoridades, los franceses destacaban guarniciones por los pueblos, perseguían a las cada vez más numerosas y organizadas guerrillas, tomaban rehenes cuando sufrían algunas bajas y a menudo ejecutaban a algunos resistentes. El hecho más trágico hasta el momento tuvo lugar en la cercana Villaseca, un pequeño pueblo entre Gómara y Almenar, donde un grupo de patriotas se había reunido, el 15 de febrero de 1809, con el canónigo de la colegial de Soria y miembro de la Junta, don Ángel Andino, que estaba allí escondido. Descubiertos por el comandante francés Dorsenne –seguramente por algún delator-, 23 hombres y el sacerdote fueron condenados a muerte y ejecutados a las afueras de Villaseca.²⁷

Almazán, bajo el gobierno francés

Del año 1809 y siguientes sí se han conservado las actas municipales de Almazán, aunque son muy escasas y hay muchas lagunas; en general, la actividad municipal fue mínima hasta la liberación de Soria en 1812, con dos etapas muy claras: una, de colaboración a la fuerza hasta el incendio del 10 de julio de 1810 y otra, de dura ocupación desde entonces hasta la liberación en marzo de 1812.

²⁷ PÉREZ RIOJA, J.A., op. cit., p. 31

Como era costumbre, el año 1809 comenzó con un nuevo ayuntamiento, que no pudo ser nombrado por el conde de Altamira, ahora miembro de la Junta Suprema que presidía el viejo Floridablanca. El ayuntamiento de 1809, nombrado en concejo abierto por los vecinos, mantenía los dos alcaldes, hidalgo y pechero, tres regidores, dos diputados del común, un personero y un síndico general. Los cambios con respecto a los ayuntamientos de mediados del siglo denotan el efecto de la reforma municipal de Carlos III, aunque en esencia el *ayuntamiento señorial* continuó igual hasta las elecciones constitucionales de 1812, como veremos. Durante los primeros días de 1809, los munícipes se repartieron las funciones por meses, ratificaron arrendamientos de monopolios –carnicería, tabernas, abacería-, nombraron representantes de gremios, veedores, guardas de montes, jurados, etc. y dieron órdenes “para que se curen o se vendan los caballos de la posta, pues están inutilizados”. Después de la reunión del 6 de enero, en que tomaron juramento en concejo abierto, no se volvieron a reunir hasta el 4 de marzo, en que leyeron la orden del general francés que exigía que los seis párrocos (ya no eran diez) dieran por escrito los nombres de los cabezas de casa de sus parroquias. Probablemente, el alarmante descenso de la población de la villa hizo sospechar a los franceses ocultamientos cuando pidieron el juramento de fidelidad al rey José I. El 13 de marzo, se leyó en pleno la carta del general Bren (sic), comandante de esta provincia, dando cuenta de que ayuntamiento y vecinos habían prestado juramento de obediencia y fidelidad, por lo que debían elegir a tres para ir a Madrid a jurar ante José I. El ayuntamiento eligió al alcalde del estado general, al personero y a un hacendado. Luego, como éste resultó estar ausente, nombraron a otro. En la siguiente sesión, por otros motivos, dieron otro nombre, mientras acordaban pedir pasaportes al comandante francés. Todo hace pensar que simplemente iban dilatando el viaje a Madrid. En las actas, no consta que lo hicieran.

La vida seguía. Y había escuela. En la sesión de 9 de junio de 1809 se recibía un memorial de Francisca López, viuda, vecina de la villa, por el que solicitaba la plaza de maestra de niñas. La admitieron en la misma sesión y le pusieron sueldo. Cobrará 66 ducados anuales (726 reales) más lo que aporten las niñas, a excepción de las pobres. Les enseñará “a leer, escribir, coser y hacer media, e instruir las en la doctrina cristiana”. El médico (que se despide al año siguiente) cobraba 8.000 reales.

Pero también sufría imposiciones económicas -por ejemplo, el 5 de mayo, el intendente pedía que se pagaran todos los atrasos- que a veces provocaban la reacción del ayuntamiento, pues le era imposible cumplir. El 20 de septiembre, en concejo abierto, el alcalde daba cuenta de “la opresión en que se vio esta villa la noche del día 15 del que rige con el comandante de la partida de tropa francesa, que pasaba de doscientos; le mandó que en el término preciso de cuatro horas se habían de aprontar en metálico 20.000 reales y no teniéndolos la villa ni las oficinas y puestos públicos, por evitar mayores daños y no exponer a su vecindario, se resolvió con algunos (particulares) digo republicanos (sic), pasar a muchas casas de honor a suplicarles se sirviesen sacarlos de aquel conflicto y, en efecto, como buenos ciudadanos aportó cada uno lo que fue bastante para cubrir la cantidad expresada”.

La situación económica se agravaba, para los franceses acantonados en Soria y en otras ciudades y para los vecinos que permanecían en la villa -que también debían entregar granos, caballos y dinero a las guerrillas próximas, cada vez más numerosas-, así que iban a comenzar las ventas de bienes del concejo para pagar a los que adelantaban dinero o alimentos, la conocida como *desamortización josefina*. El 7 de noviembre de 1809, el ayuntamiento declaraba que no iba va a poder pagar a los facultativos y a los sirvientes, de forma que debía vender propiedades. Pero no sabemos nada sobre estas desamortizaciones de guerra, pues la próxima acta es de casi un año después, del 5 de septiembre de 1810. En ella se recoge la preocupación del momento, que sigue siendo la venta de bienes, en este caso, para reintegrar lo que había adelantado uno de los más ricos del pueblo, don Manuel Francisco Martínez de Azagra. Como en todos los sitios, los ricos cobraron luego en tierras lo que habían adelantado en metálico, o en alimentos.

Para entonces, ya ha sucedido la acción y el incendio de Almazán del 10 de julio, quizás la causa del silencio de las actas, que no dicen nada del acontecimiento hasta meses después. La guerra dentro de la villa durante horas -18 horas según el capitán francés, Baste-, con encarnizadas luchas cuerpo a cuerpo -entre los heridos franceses hay muchos de bayoneta- y el durísimo castigo por albergar “bandidos”, *brigants* -es así como los franceses llaman a los guerrilleros- y resistir a la autoridad militar francesa, provocó silencio y abandono, y desde luego, el cese de las actividad municipal hasta dos

meses después. Uno de los mejores conocedores de la historia militar, Gómez Arteche, describe así la célebre acción:

“Las guerrillas, fuerza única que los españoles tenían en estas provincias interiores, se reunieron en el Duero, en Almazán, pueblo de la provincia de Soria. El gobernador francés de la capital de este nombre, Baste, coronel comandante de la marina de la Guardia Imperial, se puso en marcha desde dicha ciudad el 10 de julio por la mañana con una columna de 1.100 hombres, y atacó a las fuerzas españolas reunidas; mas habiendo sido rechazado después de siete horas de fuego, pidió por medio de un parlamento una suspensión de armas; pero faltando a su palabra, y durando aún el armisticio, atacó, resuelto a ocupar a todo trance la villa, con la mayor intensidad el puente, y consiguió entrar en ella después de haber sufrido una mortandad horrorosa. El cura Merino fue uno de los partidarios que se hallaron en esta acción con 200 caballos...”²⁸

Con algunos errores, esta ha sido la versión más divulgada, pero se conservan algunas fuentes directas, entre ellas, el informe del capitán de navío francés que mandó las tropas, Baste, al general conde de Dorsenne, con numerosos detalles –entre ellos, los muertos y heridos en sus filas²⁹-, y las memorias de Ramón de Santillán, testigo presencial de la acción.³⁰ Santillán había nacido en Lerma el 31 de agosto de 1791. En 1808 se encontraba a los 17 años estudiando en la Universidad de Valladolid. En enero de 1809, el cura Merino se presentó en su localidad natal por primera vez al mando de su guerrilla compuesta entonces por 12 hombres, que ya habían combatido al francés, entre Aranda y Boceguillas. Pero fue en abril de ese mismo año cuando el cura Merino entró de nuevo en Lerma, ya famoso en la zona por sus correrías.

Jerónimo Merino Cob, cura de su pueblo, Villoviado, tenía un hermano mayor, Antonio, apodado “el Malagueño”, que había sido contrabandista y tras volver de América, acabó perdiendo la vida precisamente en la acción de Almazán del 10 de julio. Merino entró de nuevo en Lerma con su partida de guerrilleros el 13 de junio de ese

²⁸ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J., *Guerra de la Independencia...*, t. IX.

²⁹ <http://pares.mcu.es/GuerraIndependencia/catalog/show/3100706>. El informe y el parte de víctimas, digitalizados en el portal PARES. Debo esta interesante información a Diego PEÑA GIL, gran experto sobre la guerra. Véase el informe en adjunto, al final del texto, traducido por D. Peña.

³⁰ SANTILLÁN, Ramón, *Memorias (1808-1856)*, Madrid, 1996.

mismo año, donde mantuvo una escaramuza con la pequeña guarnición francesa de la localidad, que se había refugiado en el Palacio del Duque del Infantado (hoy, Parador Nacional). Mientras esto ocurría, “amenazó con tratar como traidores a los jóvenes que no se le unieran. Dice Santillán que no fue necesario que cumpliera su amenaza, ya que unos cincuenta jóvenes de la localidad burgalesa se unieron a sus fuerzas. Así, el ya teniente de caballería pudo llegar a mandar a cientos de hombres, a caballo y a pie, con los que decidió dirigirse a Almazán –con las fuerzas de otro famoso guerrillero, Tapia, también cura- para llamar la atención de los imperiales, una vez en el interior de la villa amurallada, a la que llegaron el día 9 de julio por la tarde. Esa noche se les unió “El Malagueño”, hermano del cura Merino.

De madrugada se advirtió que los franceses se encontraban ya cerca de Almazán por el camino de Soria. Para poder entrar en la villa, debían atravesar el denominado Arrabal y después cruzar el puente sobre el río Duero. En zonas cercanas, en esa época del año, el Duero era vadeable. Los combates se iniciaron en la zona del Arrabal inmediatamente después de tocar generala por las tropas de Merino. El combate se generalizó en las primeras hora del día 10. Ramón de Santillán resulto herido en un brazo cuando se encontraba al mando de 50 hombres de caballería. Mientras estaba siendo atendido por el cirujano, que le extrajo la bala, las tropas que estaban en el Arrabal combatiendo huyeron hacia el puente. Gracias a la actuación del capitán Machado, que había pertenecido a las tropas del cura Tapia, bajando este desde el exterior del pueblo, consiguió restablecer al orden entre la tropa y obligó a los franceses a retroceder, pero después de duros combates, el Arrabal fue ocupado por los franceses. Mientras esto ocurría, el hermano de Merino, que estaba en la margen izquierda del río a distancia no muy prudencial, resultó muerto en el acto por disparos desde las casas del Arrabal, ya ocupado por los franceses.

Era pleno julio y la sed de las tropas era terrible. Había en Almazán, por parte española, nada menos que 2.000 hombres de infantería y 600 de caballería, además de los vecinos y las mujeres, que según Baste, “les llevaban pan, vino y cartuchos a los defensores de su localidad y les encorajinaban y les animaban en contra nuestra”. Los franceses, sin embargo, tenían grandes dificultades para abastecerse, sobre todo de agua. La única fuente, según nos describe Santillán, estaba en la plazuela, así que los

franceses –según los recuerdos de Santillán, muy distintos a lo que escribió Baste-, a las tres de la tarde, sacaron bandera blanca, una señal que las tropas de Merino interpretaron como rendición, no como una tregua, por lo que comenzaron a confraternizar con el enemigo. Mientras, unos centenares de soldados formaban en la plazuela y ...bebían agua.

Ramón de Santillán, que se encontraba en el hospital tratándose la herida en el brazo, dice que se dio cuenta, después de recabar información de soldados y oficiales, que el enseñar la bandera blanca era sólo una trampa y, en realidad lo era, como reconoció Baste en su informe, en el que adjunta la carta que le envió al corregidor, un ofrecimiento de rendición –un ultimátum lo llama Baste-, que es lo que se solía hacer una vez que los sitiadores de una ciudad demostraban su superioridad. La carta dice:

“En el campo delante de Almazán el día 10 de Julio de 1810 a las tres horas de la tarde.

Al señor Corregidor de Almazán:

Señor Corregidor:

Si en dos horas no ha hecho usted cesar el fuego, me obligareis a tomar vuestra Villa por la fuerza y usted será responsable de lo que pueda acontecer, que será sin duda terrible y de mal recuerdo para la Villa de Almazán. Es por ella y por sus habitantes por lo que no estoy aun atacando vuestra posición principal. Reflexionad inmediatamente, por favor contestadme y enviadme tres regidores o tres principales de la Villa con la respuesta.

Tengo el honor de saludarle, señor corregidor, con consideración.

El capitán de navío coronel de Marina de la Guardia Imperial, Conde del imperio, Gobernador de la provincia de Soria.

BASTE”

Según recoge el informe de Baste, la respuesta del corregidor fue como sigue:

“Contestación de Ramón Antentas al mando del 1er. Regimiento de Voluntarios Numantinos y titulándose a sí mismo Comandante de este regimiento, así como de toda la provincia de Soria.

Almazán, 4 y media de la tarde del día 10 de Julio de 1810.

No hay en esta Villa otra autoridad que la fuerza armada que yo mando, como Comandante del Primer Regimiento de Voluntarios Numantinos y de toda la provincia de Soria.

Debo deciros que el fuego no cesará hasta que no os rindáis, bien entendido que se os tratará según vuestro cargo y como corresponde a prisioneros de guerra.

Dios os guarde bien, siempre su afectuoso y seguro servidor le besa la mano,
Firmado, Ramón Antentas³¹

Según Santillán, descubierta la trampa, la infantería de Merino abrió fuego sobre los doscientos soldados franceses que estaban formados en la plazuela, resultando varios de ellos, muertos o heridos. Tras esta acción –muy típica de un tipo como Merino- se reanudaron los combates. Sin embargo, el capitán francés, Baste, tampoco se había comportado como un caballero, pues en su informe del día 12 (Véase completo al final) reconocía que el alto el fuego y su carta al corregidor “no era más que un pretexto para enlazar mis tropas y preparar todo para acometer a los brigantes y al pueblo”.

Los franceses cogieron prisionero al oficial de caballería y a sus hombres, que no se habían dado cuenta del toque de llamada de las tropas de Merino y seguían parlamentando con los franceses. Al anochecer, las tropas de Merino se retiraron de Almazán, en orden, después de un día de combates. Tapia con los voluntarios de Arlanza se retiró hacia Berlanga; Merino, con los húsares de Burgos, hacia Salas de los Infantes, y el regimiento de infantería ligera, Leales Numantinos, hacia Chércoles. Después de la derrota, llegó el castigo. El propio Baste refirió las consecuencias desastrosas del incendio, así como los prisioneros que hizo. La mayoría de la población abandonó –una vez más- la castigada villa, donde según el capitán francés “toda justicia se hacía en nombre de Fernando VII”.

Las bajas, según Santillán, fueron, en el lado español, unos 20 muertos, entre los que se encontraban dos mujeres y un vecino de Almazán que habían estado colaborando con las fuerzas de Merino llevándoles comida y agua a lo largo de los combates. Además, murieron el oficial de caballería y sus doce soldados hechos prisioneros durante la acción y fusilados y colgados en los alrededores de Burgos por orden del Comandante General de Burgos.

³¹ Ambos documentos, conservados en el Archivo Histórico Nacional, en PARES.

Juan José Sañudo, con su conocida inclinación por la precisión, indica que las tropas francesas, que eran Marineros de la Guardia Imperial, formando parte del 44º batallón “Equipage de Flotille”, tuvieron 7 jefes heridos, 9 muertos y 67 heridos de tropa, todos al mando del capitán de Navío Baste. En el Primer batallón de obreros de Marina, también al mando de Baste, con 4 compañías, hubo 6 jefes heridos y 6 muertos y 23 heridos de tropa³². Ahora bien, el informe que Baste envió a su superior, el general de División conde de Dorsenne, gobernador militar de Burgos, indica que de resultas del combate de Almazán, perdió a 4 oficiales y 5 más, fallecidos a causa de las heridas, y 67 resultaron heridos graves y bastantes heridos de distinta consideración. Todos ellos formaban parte de 44º Batallón de “Equipage de Flotille” de la Marina de la Guardia Imperial. Mientras, en el Primer batallón de Obreros militares de la Marina, hubo 29 bajas, de las que 4 resultaron muertos en el campo de batalla y 2 más de resultas de las graves heridas. Otros 23 resultaron heridos de gravedad.

En el archivo municipal de Almazán no hay noticias sobre lo ocurrido el día 10 de julio hasta el 13 de noviembre de 1810, cuando en el acta del pleno del ayuntamiento se recogen las declaraciones de un capellán, que describe los grandes destrozos que sufrió la villa, especialmente en los lugares sagrados. En la ermita de Jesús no había quedado ni ropa, ni cera. No había vino para consagrar. Por otras fuentes, sabemos que, en efecto, se quemaron muchas casas y hasta palacios; en un informe de 1812 realizado por el ayuntamiento constitucional de Almazán se dice que fueron reducidas a cenizas 177 casas y el mismo coronel Baste reconoce en su informe que se quemaron las dos terceras partes de las casas. En el documento con las entradas y salidas del hospital, sólo se recoge la entrada de dos soldados el día 10 de julio, uno muere el 2 de agosto, el otro deja el hospital el 31 de diciembre³³. Era normal, pues éste hospital era para enfermos, no para heridos; además, a esas alturas, estaba arruinado y sin gente.

El hospital, que había tenido cientos de soldados en 1808, sobre todo durante los días anteriores al paso del general Ney y de la toma de Soria, disminuyó sus efectivos en 1809 y ya en 1810, sólo albergó a 4 soldados: uno de Burgos, de la 2ª división, que

³² SAÑUDO, J. J., “Base de Datos de Unidades de la Guerra de la Independencia”, CD publicado por el Ministerio de Defensa y cedido amablemente por el autor, a quien agradecemos su colaboración.

³³ AMA, C 51-7. Testimonio presentado a la Intendencia de Soria con las raciones suministradas a los militares asistidos del Hospital. 1808-1814.

entró el 12 de febrero, los dos siguientes que son los del día 10 de julio, un soldado sin más datos y un “soldado de Cádiz”; y el último, “soldado numantino”, que entró el 27 de septiembre y murió el 15 de noviembre. Al año siguiente, 1811, el pobre hospital solo acogió a tres soldados, de los que uno era de Soria y otro “voluntario de Burgos”.³⁴

Tras el incendio, “y otros dos incendios que ha sufrido posteriormente” –según se declara en el padrón de 1811-, aumentó la despoblación hasta el punto de que a fines de 1810 la villa era un pueblo fantasma. La propia Junta de Soria había contribuido, pues el 20 de diciembre había ordenado desalojar la villa temiendo una nueva ofensiva de los franceses. En esa situación, el pueblo había nombrado directamente los cargos en concejo abierto, según la tradición, pero de nuevo sin mediar el nombramiento del conde, que según sabían estaba en Sevilla. Ahora, todos los electos eran del estado general, pero muchos puestos quedaron vacantes, pues según recoge el escribano, “en el día se halla emigrado casi todo el vecindario”. El ayuntamiento explicaba así la situación en concejo abierto del 18 de enero de 1811: “en obsequio de Dios Nuestro Señor, amor y lealtad a la patria, todo el vecindario, posponiendo cuantas comodidades tenía, con noticia de que el enemigo se quería presentar, dejó sus hogares y con sus familias se fugó y transmigró a todos los contornos, sufriendo los daños y calamidades que se pueden discurrir y son bien notorios”. Estaban reunidos el alcalde, Francisco Naranjo, seis regidores, el cura de San Pedro y una docena de vecinos, y tomaron la decisión de hacer volver a los vecinos ausentes, lo que dos comisionados comunicarían a la Junta Suprema de la Provincia. Esa es la razón de que un documento, fechado el 11 de enero de 1811, recoja los nombres de vecinos “repatriados”, es decir, aquellos que volvían a la villa, “sin nota de desafección a la Patria”, pero también porque, según se dijo en el concejo de 18 de enero, “han experimentado en los pueblos en que se han refugiado la mayor desafección y poca acogida”.

³⁴ Una investigación más exhaustiva que realizaremos en breve nos permitirá conocer mejor los movimientos de tropas a raíz de los datos de los soldados anotados en las listas del hospital. Concretamente, los tres soldados ingleses que figuran en 1809, pertenecientes a diversos regimientos, dan luz a un hecho interesante. En ese año, 1809, no había en más de 200 km a la redonda ninguna fuerza militar inglesa, por lo que podrían pertenecer a unidades del ejército de Sir John Moore, que falleció en la batalla de La Coruña en enero de 1809. Estos soldados dispersos podrían haberse dirigido hacia el interior de Castilla en lugar de ir hacia Portugal, de muy difícil acceso y más en el invierno.

Tras la “repatriación”, el ayuntamiento encargó un padrón que se conserva en el archivo que da sólo 156 vecinos cabezas de casa. Es decir, Almazán estaría reducido a la cuarta parte de lo que fue. La mayoría de los vecinos recogidos en el padrón eran “de oficio”: carpinteros, cirujano, maestro, posadero, tabernero, herrero; había algunos labradores y dos o tres grandes ganaderos trashumantes, sólo quedaban siete curas, por supuesto, no había ya frailes ni monjas tras la exclaustración³⁵.

Durante 1811 apenas hubo actividad municipal. La ruina económica obligó en febrero a poner a la venta tres casas del ayuntamiento, dos de ellas en la plaza, frente al palacio del conde, así como algunos predios, entre otros, una tierra de 64 fanegas en la Pradera de la Urbeja. A fin de ese mes, sumaban otras propiedades a la ya venales. Luego, apenas hubo reuniones, y al final del año, en noviembre, llegó la gran preocupación: el hambre. Y con el hambre, los “clamores de los pobres” y de los que no eran pobres, que veían a los eclesiásticos vender el pan del diezmo a cualquiera. El ayuntamiento, en sesión de 22 de noviembre, acordaba que lo vendieran al pósito, pero no es seguro que se cumpliera la orden, aunque ya nada sabemos, pues entre este acta y la siguiente –del 14 de octubre de 1812- no hay constancia documental.

Actividad municipal hubo poca en ese año, pero la actividad militar en la provincia no cesaba y Almazán era ahora una pieza estratégica fundamental en la operación que se estaba preparando. Nada menos que tomar Soria.

La liberación

El 11 de septiembre de 1810, la Junta de Soria había tomado la iniciativa militar al nombrar comandante general a José Joaquín Durán, un brigadier natural de Cervera del Río Alhama (entonces provincia de Soria), que tras evadirse de la cárcel en Madrid, se había presentado en Deza para ponerse a las órdenes de los junteros sorianos. Desde ese día, el general Durán comenzó una tenaz labor de reorganización militar, creando en nueve meses una División a base de voluntarios de infantería y caballería, sin artillería

³⁵ En el AMA hay una estadística vecino por vecino de bienes, ganado, etc. correspondiente a 1810. Es muy interesante para futuras investigaciones.

ni ingenieros, y que eran el grueso de las tropas que atacarían Soria el día 18 de marzo de 1812.³⁶

Pero antes, Durán ya se había batido en numerosos choques con las fuerzas francesas en zonas cercanas a Almazán y en la misma Soria (acción de 19 de abril). Durante el verano de 1811, las tropas de Durán, engrosadas con partidas guerrilleras cada vez más entrenadas, dominaban algunas zonas del sur de la provincia y podían emprender acciones liberadoras de ciudades estratégicas. Una de ellas era El Burgo, con su gendarmería en la antigua universidad de Santa Catalina, contra la que pensó dirigirse Durán, en julio. Para frenarlo, el general Duvernet salió de Soria y se encontraron en Berlanga. El choque se produjo el 6 de julio, en el puente sobre el Duero, con resultado adverso para la infantería de Durán y la caballería del general Amor y Pisa, que se replegaron hacia la zona de Deza, para pasar luego a Aragón por Monteagudo de las Vicarias. Días después, entraban en Ariza y al día siguiente vencían a la guarnición francesa de Calatayud. Duvernet, en represalia, mandó fusilar el 10 de agosto, en la bodega de Damián de Rodrigo, cerca del seminario de El Burgo, a 14 prisioneros apresados en la acción de Berlanga.



Soldados heridos de las tropas de Durán, asistidos en el Hospital de Almazán

Durante el resto del año, Durán continuó organizando su División, a la que se iban sumando partidas de guerrilleros y vecinos huidos, ya con intención clara de tomar

³⁶ Las acciones militares de Durán, en CALAMA Y ROSELLÓN, Argimiro, “La División Sexta de Soria en la guerra de la Independencia”, *Celtiberia*, 69 (1985), pp. 75-98.

Soria y sin dejar de hostigar al enemigo, como en la acción de Osunilla, cercana a Almazán, cuyo desarrollo conocemos por el propio Durán³⁷. Una primera tentativa de entrar en la capital, en enero de 1812, terminó en fracaso, ante las formidables murallas de la ciudad, que habían sido reforzadas por los franceses a lo largo de la guerra. Durán tuvo que idear otro plan para superar las fortificaciones –para lo que contó con un ingeniero que ejercía en Soria, Domingo Badiola- y en marzo, tras vencer a los franceses en Villaciervos y conocer el avance de las tropas desde el valle del Tera, que habían logrado concentrarse en Garray, se decidió a lanzar el ataque. Perfectamente planificada, la acción conjunta debía dar comienzo el día 18 de marzo. En efecto, ese día, de madrugada, en medio de una intensa nevada, el Batallón de La Rioja, al mando de Tabuena, el Batallón de Numantinos, mandado por Gregorio de Vera, y el resto de las fuerzas de la División de Durán se lanzaron al asalto. Tras intensos combates en el interior de la ciudad, Durán obtuvo una resonante victoria, aunque durante los siete días que permaneció en Soria no pudo vencer a los 600 franceses que se habían atrincherado en el castillo. Al conocer que una división francesa se acercaba desde Aranda, Durán abandonó la ciudad el día 24 de marzo. Se retiró a Ágreda y, finalmente, a San Pedro Manrique.

Entre marzo y septiembre, el gobernador militar de Soria ordenó reconstruir las murallas, lo que supuso de nuevo una derrama general para los pueblos. El general Vandermaisen era resolutivo al pedir el dinero para “las fortificaciones que se han ejecutado y mandado concluir en la ciudad de Soria”, en su orden de 20 de mayo, sin embargo, aunque los ayuntamientos siguieran vendiendo bienes del común, la ruina general hacía imposible los pagos. Durán y Tabuena, que habían reorganizado el ejército después de abandonar Soria, tuvieron prácticamente bloqueada la capital durante el verano de 1812, lo que hacía muy difícil entrar alimentos. El hambre se extendió por la capital y por las tierras sorianas ocupadas por miles de soldados, mientras cada vez era mayor el miedo a la próxima batalla. En Soria se hablaba de una nueva Figueras.

El día 8 de agosto, la Junta, reunida con Durán en Calahorra, nombró corregidor de Soria a José del Río y Guillén, en previsión de la toma inminente de la ciudad. Dos

³⁷ Digitalizado en el portal PARES. <http://pares.mcu.es/GuerraIndependencia/catalog/show/3039135>

días después, los franceses quemaban las casas del Arrabal de Soria y empezaban a pensar en abandonar la ciudad, conociendo la envergadura del cerco establecido por las tropas españolas. Entre el 13 y el 17 de septiembre los franceses salieron de Soria, a la que entraba victorioso el general Durán, elevado ya al grado de mariscal de campo. Almazán veía desfilas desde las ruinas de sus murallas –destruidas por Durán para evitar que los franceses se defendieran tras ellas- a las últimas tropas francesas, mientras celebraba la victoria proclamando a Fernando VII y recibía la “sagrada” constitución, que los vecinos juraron solemnemente algunos días después de la victoria, y por dos veces, el 1 y el 4 de octubre de 1812.

Almazán, constitucional

El desarrollo de la Constitución de 1812, tan importante en sus disposiciones sobre los gobiernos municipales y sobre el fin del régimen señorial, provocó la normalización de la actividad política local en Almazán y su liberación de la secular servidumbre de soportar alcaldes, regidores, escribanos y mayordomos nombrados por los condes. Por ello se produjo en los primeros momentos una revitalización de la actividad municipal, con más plenos y actas, gracias a las que conocemos muy bien el corto periodo constitucional de la villa. Además, hay más documentos sueltos, entre ellos los escrutinios de los votos a las primeras elecciones constitucionales de la villa de Almazán, una verdadera preciosidad.



Una de las hojas del escrutinio de las elecciones municipales de 1812

La convocatoria de las elecciones la hicieron los dos alcaldes ordinarios, Patricio Alonso y Juan José Larrad, el día 14 de octubre de 1812 “deseando poner en ejecución las sabias intenciones de Su Majestad y con arreglo a lo prevenido en el título seis, capítulo primero de la Constitución Política de la Monarquía Española”. El auto, que se trasformó en bando, llamaba a los vecinos a elegir “electores parroquiales”, para luego proceder días después a la elección de alcalde y demás ediles. Los vecinos se congregaron por parroquias, San Miguel y Santo Domingo, San Pedro y San Andrés, Santa María de Calatañazor y San Salvador, Santa María del Campanario y Santo Domingo, San Esteban, San Vicente, y eligieron a los electores, que se personaron en la casa consistorial el día 16 para votar al alcalde, los cuatro regidores y el procurador síndico. El 16 de octubre se proclamaba el primer ayuntamiento electo de Almazán y el día 17 tomaba posesión. Estos pioneros eran los siguientes:

Ayuntamiento Constitucional de Almazán, 1812

Alcalde, Antonio Muñoz Sevilla

Regidor 1º, Alejandro García

Regidor 2º, Julián García

Regidor 3º, Manuel de la Fuente

Regidor 4º, Ramón López

Procurador Síndico, don Teodoro Taracena.

Días después, el 7 de noviembre, recibían una circular del Jefe político de Soria que ordenaba jurar la Constitución y elegir ayuntamiento. A Almazán llegaba tarde, aunque no a otros pueblos, donde desde el primer momento se iba a producir el rechazo de la Constitución. En El Burgo, un ejemplar fue quemado en la plaza³⁸; en otros lugares, las reacciones de los antiguos señores obligaron a los súbditos a negar lo que ya era evidente: los señoríos y las viejas prácticas de quitar y poner alcaldes habían terminado. La guerra había sido también una revolución. Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones: la revolución había sido “burguesa”, por lo que, pasados los ardores de primera hora, los beneficiarios fueron los ricos que habían prestado dinero o proporcionado víveres –que se cobraron en tierra o en casas- y que, de manera natural, volvían a los cargos. No ha de extrañar, por tanto, que el alcalde de 1814 en Almazán sea don Pascual Martínez de Azagra, el gran hacendado, el mayor propietario de ganados trashumantes, hijo y nieto de alcaldes. Por eso, el golpe de estado que dio al rey poder absoluto y abolió la Constitución tuvo en muchos pueblos un apoyo que se prolongaría durante el siglo, provocando la proliferación de facciones absolutistas, dirigidas por reaccionarios y ultramontanos –algunos líderes guerrilleros y curas y obispos entre ellos-, origen del carlismo en el futuro.

Todavía Almazán será transitado por tropas en los años posteriores y habrá que alimentarlas y darles alojamiento. A fines de 1814, la guerra había acabado definitivamente; ahora lo que había era hambre y grandes dificultades para reconstruir tanto como se había arruinado, puentes, casas, caminos, pero también los ganados.

³⁸ GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., “El Burgo...”

Costará recuperar la cabaña de mulos y caballos y más aún el sistema de ganadería trashumante, la pureza de las merinas, el valor de la lana, la rentabilidad de las explotaciones. La primera labor que acometió el ayuntamiento constitucional fue elaborar un informe con los desastres causados por la guerra. Lo terminaba el 29 de octubre de 1812 y, entre otras cosas, decía que Almazán había sufrido tres saqueos generales y otros particulares, cuatro incendios y toda clase de vejaciones a los vecinos; se habían “hecho cenizas” 177 casas, no había ganado, pues había sido sacrificado, mientras en numerosas ocasiones el pueblo había sido abandonado en masa. El pueblo, que había llegado a tener 600 vecinos, “de ellos parte opulentos, algunos más de bastantes conveniencias y muy poco en indigencia” estaba en el momento en la desolación, “la mayor parte en estado de mendicidad”. Por todo ello, el 15 de junio de 1813, el general Duran informaba desde Soria que las peticiones de la villa –exención de contribuciones, quita de deudas, etc.- eran justificadas y además proponía que en la plaza de la villa “se erija un sencillo monumento que transmita a la posteridad la constancia, fidelidad y patriotismo de dicho pueblo” y que se le concediera el título de Ciudad.³⁹

Además de la ruina material, habrá que mantener a tantos soldados heridos, tullidos, pobres, que regresaban a casa. El 11 de enero de 1815 se recibió en el ayuntamiento de Almazán una orden firmada por el brigadier Joaquín Gómez de la Serna pidiendo a los milicianos que devolvieran la ropa, casacas, capotes, gorros de cuartel; advertía que sólo se dirigía a aquellos que no se hallaran en tal indigencia que la necesitaran para vestirse. El 16, nueve antiguos soldados vecinos de Almazán se presentan en el ayuntamiento, pero no todos entregan la ropa. Uno dice que “el capote no lo entrega por hallarse en extrema necesidad”; otro dice que “la casaca no la entrega por hallarse desnudo”; otro “no deja nada por hallarse impibilitado”. Es, en efecto, el fin de la guerra.

³⁹ La memoria que acompañaba al informe falta del archivo. Lo que conocemos es por respuestas de los interlocutores que vieron el informe, el más importante el del general Durán, que corrobora con su testimonio el estado de ruina en que encontró la villa cuantas veces pasó por ella a lo largo de la guerra. AMA, C 76-11. “Copia de la representación que el primer ayuntamiento constitucional de esta villa de Almazán hizo en 29 de octubre de 1812 a S. M. las Cortes Generales extraordinarias del Reino”.

Informe del capitán Baste sobre la acción de Almazán. Traducción de Diego PEÑA GIL del original conservado en el AHN.

Soria, 12 de Julio de 1810, a las 8 de la tarde.

A su Excelencia general de División Conde de Dorsenne, Comandante en Jefe de la Guardia Imperial en España, Gobernador general del 5º Gobierno. En Burgos.

Mi general,

Tengo el honor de comunicarle que he llegado de vuelta hace dos horas, esta mañana, de mi expedición de Almazán, que he encontrado muy bien defendida y que he hecho tomar por la fuerza después de nueve horas de combates. Los resultados de esta expedición son:

La villa tomada, por decirlo así, al asalto contra fuerzas muy superiores a las nuestras, la villa saqueada y las dos terceras partes quemada; hemos matado o herido al enemigo entre la llanura, el pueblo -tomado a la bayoneta- y dentro de la población, al menos 400 hombres, tanto de infantería como de caballería. Hemos hecho además 36 prisioneros, entre ellos un capitán y un sargento mayor. Habríamos hecho 800 o 900 prisioneros si hubiera tenido 4 escuadrones de caballería.

Esta victoria ha costado cara a los dos escuadrones bajo mis órdenes, pero yo había jurado conquistarla al precio que fuera si yo no caía antes muerto o herido. He podido caer muerto o herido más de cien veces en este enfrentamiento y si he salido sano y salvo se lo debo sin duda a la suerte que nunca me ha abandonado en los 20 Años que yo llevo en la guerra.

El 44º batallón de flotilla ha tenido 76 hombres fuera de combate, de los cuales 4 han muerto en el campo de batalla, 5 muertos como resultado de sus heridas y 67 heridos de gravedad; los heridos leves no están en las listas que adjunto.

El primer batallón de los Obreros militares de la armada ha tenido 29 hombres fuera de combate, de los cuales 4 son muertos caídos en el campo de batalla, 2 muertos a consecuencia de las heridas y 23 heridos graves, entre ellos el valiente comandante Butreaud, el cual ha recibido una bala que le ha atravesado el talón izquierdo.

Su excelencia sabe que este batallón no tiene más que 4 compañías porque siguiendo sus órdenes he dejado otras dos en Pancorbo.

Debo hacer grandes alabanzas de los dos batallones y principalmente, de los oficiales, los oficiales de sanidad y de los suboficiales.

Todos estamos extraordinariamente cansados, yo mismo un poco enfermo, sin embargo, me ocupo de tratar a los heridos y de recopilar los datos necesarios para hacerle un informe detallado, que le enviaré lo antes posible.

Mis dos batallones, como podrá ver, por las listas de muertos y heridos están un poco desordenados, y necesito organizarlos. Me voy a ocupar de ello realmente y acabar con el menor retraso posible.

Si por desgracia os había enviado el convoy de plata y vacas con 500 hombres, esto se hizo por una parte o por todo el destacamento del convoy de 50 vacas y 600.000 reales que quería enviaros a Burgos.

Usted sabrá que he traído todo de vuelta hacia Soria, preocupado por el enfrentamiento que he tenido contra los brigantes, y me ha impedido conseguir mayores beneficios en él, pero en este caso quería ganar todo y no perder nada.

He sabido después que había alrededor de 2.000 hombres de infantería y 600 de caballería defendiendo la Villa de Almazán, que muchos habitantes se creían seguros con los suyos y que las mismas mujeres les llevaban pan, vino y cartuchos a los defensores de su localidad y les encorajinaban y les animaban en contra nuestra. Casi todas las bandas de las cuales os he hablado en mis doce notas, estaban allí reunidas.

A mi ultimátum, del cual os envió copia, un Coronel de los brigantes respondió, como usted encontrará adjunto, después de dos horas, que era justo el tiempo que yo necesitaba para reunir el batallón 44 de Obreros que estaba sobre la colina. Con la 4ª Compañía de marinos, el tesoro y el convoy y para hacer todos los preparativos necesarios para atacar la villa. Mi carta al corregidor, que sin duda, no tenía poder para hacer nada, no era más que un pretexto para enlazar mis tropas y preparar todo para acometer a los brigantes y al pueblo, donde desde hace tiempo no se obedecían ya mis órdenes, ni mis amenazas y donde toda la justicia se hacía en nombre de Fernando VII.

Faltan 400 hombres del regimiento de Marina que están delante de Cádiz. Faltan 300 hombres del primero que está aquí. Sería importantísimo, mi general, que hicierais dar, por su majestad el emperador y rey, las órdenes a su excelencia el Ministro de la Marina para completar estos cuatro batallones, o dos regimientos, de buenos marinos y de buenos obreros, siguiendo las notas que hago incluir siempre en la columna de observaciones del estado de situación que envió cada quince días a su Excelencia.

Le aviso que he sabido por un prisionero que es un tambor francés, que el enemigo tenía el proyecto de atacar Soria una vez nos hubiera batido en Almazán, que es lo que me ha obligado a venirme de inmediato, atendiendo que me ha contado también que aunque no fuera así, querían presentarse delante de Soria. Por este motivo es por lo que he vuelto aquí y también para traer mis heridos y organizarnos de nuevo.

Para transportar los heridos hasta aquí he utilizado los caballos de la caballería, de los de los oficiales y de 7 carruajes que he encontrado en Almazán y que he mandado aprovechar para las reses del convoy. He tenido en el enfrentamiento o a continuación 9 caballos de tiro muertos y uno de los míos.

Nuestra columna iba tan lenta que nuestro trayecto de Almazán a Soria ha durado 17 horas mientras que habíamos estado allí 18 horas.

Tengo el honor de preveniros de que teníamos 60 cartuchos por hombre antes de la toma de Almazán, de los cuales no me quedan más que 10 y que me hacen falta varios días de descanso.

Con respeto y compromiso, Mi general, vuestro muy humilde y muy obediente servidor, El capitán de Navío, Coronel del cuerpo de marinos de la Guardia Imperial, Conde del Imperio, Gobernador de la provincia de Soria. BASTE.